

un día el hombre se acercó á la puerta del templo de Jerusalem, llamó con redoblados golpes, y el pueblo quiso que su idea no fuera para los demás hombres. Pero Dios, que habia querido que esta idea se difundiese por toda la humanidad, sopló sobre la tierra el nuevo espíritu creador, el Cristianismo. Entonces el templo se arruinó, se dispersaron los sacerdotes y no quedó en Jerusalem piedra sobre piedra. La Iglesia cristiana heredó el espíritu religioso de la sinagoga; la humanidad el sacerdocio vinculado antes en la raza semítica. Así el Oriente, el eterno é inmóvil cenobita de la historia, se veía lanzado de su templo é iba á caer de hinojos ante nuevos y más hermosos altares, ante la sagrada corona del Cristianismo.

Y esta misma suerte habia alcanzado al Egipto. Sus templos, que fueron la eterna escuela de Grecia, yacian abandonados de tantos peregrinos como iban á beber la vida en sus misterios; sus sacerdotes no alcanzaban á entender el espíritu teológico guardado en sus geroglíficos y en sus símbolos; sus guerreros habian sido desarmados y vencidos, aquellos guerreros eterno terror del Oriente; sus razas se perdian en la inundacion general de pueblos que por todas partes las rodeaba y el espíritu de su civilizacion se evaporaba como la gota de rocío caída en el desierto. Sin embargo, Dios, para premiar su constancia en el trabajo de la civilizacion universal, hizo brotar en el

mundo Alejandria; sí, Alejandria, que transformaba todas las razas, que unia unas con otras todas las ciencias, que vertia un nuevo espíritu en la antigua filosofia, que elevaba todas las escuelas al cielo para que se bañaran en la idea divina que á la sazón inundaba la humanidad; Alejandria, una de esas ciudades tan grandes en la historia como Atenas, como Jerusalem, como Roma; piedras miliarias de los siglos.

Y en la misma Africa, entre el Atlas, el Desierto y el Mediterráneo, al lado de las tribus de los kabilas, nómadas errantes, como un nido de ruiseñores criado en un oasis, se extendia la hermosa colonia de Cyrene, mansion dichosa de los griegos, que al calor de aquella grandiosa naturaleza habia producido grandes filósofos y grandes artistas; tierra en que los epicúreos encontraron su lecho de rosas, su mansion de delicias, trasformada tambien por el espíritu de los romanos, pues su último rey, comprendiendo que es de todo punto imposible resistir al destino y á sus maravillosos decretos, entregó su corona al pueblo romano para que la custodiara como un florón caído de la diadema de Grecia, de esa nacion que habia irradiado su espíritu maravilloso y artístico por las regiones más bellas y más felices de las tranquilas orillas del Mediterráneo, mar que ha besado con sus tranquilas ondas la cuna de todas las grandes trasformaciones de la civilizacion europea.

Y todas estas regiones se habían transformado por el trabajo de Italia, patria del derecho, destinada, por poseer un ideal humanitario, á dominar el mundo. Italia, en este trabajo titánico de transformar la humanidad, había agotado sus fuerzas, había extinguido hasta la vida de sus hijos. Así en aquella Roma tan aristocrática y privilegiada entraban á tomar asiento los hombres de todas las razas de la tierra, y asiento no al pié de la ciudad, sino en el Senado y en el trono de los emperadores. La dulce Italia había en su pensamiento transformado la conciencia humana; con su sangre la vida de todos los pueblos. Así en esta edad, se hallaba enflaquecida, exausta, agotada por sus grandes, por sus inmensos trabajos, reina y mártir á un mismo tiempo de toda la tierra; porque los pueblos que conciben una gran idea, son como los individuos, y no realizan esa idea sino á costa de consumir mucha vida y derramar de sus venas mucha sangre, sentencia de que no se liberta la humanidad.

Y el pueblo romano en esta época tenía grandes enemigos. En las selvas oscuras de la Britania, entre las verdosas ondas de los mares, bajo las sagradas encinas, se levantaba el ara de los druidas ensangrentada por el sacrificio de infinitos hombres. Allí un pueblo entero, abrazado á sus antropófagos dioses, resistía á la cuchilla de Roma, que, preparando sin conciencia de su des-

tino una idea más sublime, iba poco á poco destruyendo el dios-naturaleza. Así aquellos pueblos britanos defendían sus aras, su culto, sus selváticos templos, sus altares, con esa fé indomable que es el carácter de los pueblos primitivos; y generaciones enteras se suicidaban contentas antes que doblegarse á la ley de la Providencia. Pero no era este el gran peligro de Roma; el gran peligro de Roma estaba en las orillas del Rhin. Allí se extendían y se dilataban infinitos pueblos bárbaros que aguzaban en silencio sus armas, que nacían y se criaban en carros de guerra, que no tenían amor patrio, que sentíanse movidos de un impulso ciego á caminar por el mundo, y que de vez en cuando se alzaban sobre las empinadas crestas de los Alpes, y al ver á lo lejos la tierra donde florece el almendro, el mirto y el granado, donde el sol reina como en su palacio, donde las aves entonan un concierto eterno, donde el mar se humilla y se convierte en un celeste lago, donde la vida es tan hermosa como el sueño del os inmortales; al ver esa tierra privilegiada, lanzaban ahullidos de hambre, codiciosos de abrazarse á tan hermosa naturaleza. Y en las orillas del Danubio todavía existían otras tribus más feroces, ménos disciplinadas, más salvajes, que eran como los residuos de los pueblos del Oriente, amenazando el Bósforo y la Grecia como los germanos amenazaban el Tirreno y la Italia. Y aun más lejos, dilatándose hasta

la laguna de Palus Meotides, se extendían los escitas, más bárbaros que los getas y los germanos, más indisciplinados, más feroces, que bebían la sangre de sus enemigos, vestían su piel, se adornaban con las cabezas cortadas en los campos de batalla, estaban en perpétua guerra como si conociesen que Dios les había de empujar como un huracán sobre el mundo. Y al mismo tiempo el Cáucaso daba en sus riscos, en sus inaccesibles desfiladeros, abrigo á innumerables piratas, que se entregaban á merced del viento y de las olas, y volvían á sus cavernas cargados de innumerables despojos á depositar el fruto de sus innumerables rapiñas, sus grandes presas.

Pero el pueblo rey no solo tenía enemigos en Europa, los tenía también y muy feroces en el Asia. El pueblo rey para contener á los germanos dominaba en las Galias, para contener á los getas en la Pannonia, la Iliria, la Tracia, y para contener á los partos en la dichosa Armenia inundada por el espíritu de Grecia. Y estos partos guerreros, indómitos, extendidos por las orillas del Eufrates, forman un Imperio, del cual no tenía Roma verdadera idea; un Imperio feudal, inmenso, en que un rey poderoso y débil á un mismo tiempo, domina sobre infinitos señores, que se reparten los girones de su púrpura, y viven abandonados á su instinto, y solo tienen un sentimiento en que se funden, se identifican todos sus corazones, el sen-

timiento de odio y de venganza contra Roma. Y por estas mismas orillas del Eufrates se extendían árabes desconocidos, y cerca del Nilo árabes nubianos, y al Sur la Abysinia, fuera del alcance de Roma. Así hemos visto cómo Roma trasformaba toda la humanidad, toda la historia. Ella recibía en su seno el espíritu de Jerusalem, las sublimes interpretaciones que del Oriente había hecho Alejandría, el cántico eterno que Grecia lanzaba á las orillas del Mediterráneo, las ideas que cruzaban perdidas sobre las ruinas de las ciudades orientales, las teogonías del Asia, el misterioso dogma del Egipto; y al mismo tiempo, en virtud de su propia vida, metamorfoseaba todas las esencias escapadas de estos pueblos y las elevaba á la unidad, deteniendo el paso á los pueblos del Norte, á los bárbaros, hasta el día en que, madura ya la idea, que debía heredar y recoger, pudiesen servir á extender y propagar un nuevo espíritu, una nueva civilización por toda la faz de la tierra, para que así constantemente se renueve la vida universal.

Mientras el pueblo romano guardaba la idea humana en su Capitolio, el pueblo judío guardaba la idea divina en su santuario. Dios había premiado en este gran pueblo su constancia en guardar la idea que había de ser la raíz universal y su esperanza en la renovación de su pacto con el pueblo por medio de su Mesías. Este doble instin-

to de tenaz conservacion y de progreso, era el gran carácter del pueblo judío. Las persecuciones, el destierro, sus incesantes penas lejos de disminuir su fé en su Dios, la acrecentaban, y por eso hubo de ser el elegido por Dios para dar una nueva alma á la humanidad, una nueva idea á la historia. Y en el seno del pueblo judío vivian dos grandes sectas, que con tendencias opuestas, debian contribuir al movimiento religioso que iba á inaugurar el Cristianismo. Estas dos poderosísimas sectas eran los fariseos y los saducees, con ideas distintas, con opuestas tendencias. El fariseo intentaba conservar á Jerusalem y á su pueblo siempre al pié del santuario, siempre con los ojos puestos en su Dios. Así en la cautividad los fariseos elevaban el espíritu del pueblo á Dios, en la irrupcion de Alejandro los fariseos impedian que el pueblo se marchase tras los ídolos griegos, en la lucha con Roma, el fariseo se enterró en el polvo de sus colinas, en las ruinas de su templo. Y la otra secta era el saduceo, que intentaba unir el espíritu de Jerusalem con el espíritu de todos los pueblos. El saduceo seguia el carro de Alejandro pidiéndole su idea, el saduceo se postraba ante los seleúcidas, el saduceo llamaba hermanos á los conquistadores del mundo, que les habian hecho esclavos. Pero así, mientras el fariseo conservaba pura la antigua religion, el saduceo enseñaba á todas las razas y á todas las gentes el ca-

mino de Jerusalem, y de esta suerte se iban uniendo las dos antítesis de la historia antigua para contenerse en la síntesis superior del Cristianismo.

Así, en Jerusalem se extendió universalmente la idea de la venida del Mesías. Los guerreros esperaban un varon fuerte, que con su espada arancara la corona de las sienas de Roma; los místicos, en el resplandor de la aurora, en el reflejo del sol, esperaban ver venir el carro del divino Elías; los que guardaban pura la tradicion, creian ver levantarse de nuevo la casa de Jacob al trono de Israel; los judíos espirituales esperaban un Mesías, que restaurase el templo y levantara una nueva mística Jerusalem; los esenios rompian con el espíritu antiguo, y se maceraban en el fondo del desierto, esperando el prometido; y estas esperanzas universales se condensan, se personifican en profetas, que aparecen por las soledades, preparando las vías al Redentor del pueblo. Pero el que personifica esta esperanza mesiánica más pura, es San Juan Bautista, el solitario, el misionero del desierto.

Por fin, la esperanza se cumple, la salvacion del mundo se realiza y aparece el Mesías, el que debia venir, el que era anhelantemente aguardado por la nacion judía. Vino y su pueblo no le conoció, y no fué comprendido por sus hijos, por los que venia á salvar. Esperaban la re-

novacion y la fuerza de un pueblo, y vino la renovacion y la fuerza de toda la humanidad. Esperaban un guerrero, y vino un justo. Esperaban un rey, y vino un pobre y desvalido misionero. Esperaban que exaltaria á Israel, y profetizó la destruccion del templo. Esperaban que destruiria naciones y hundiria reinos, y predicó la paz entre los hombres. Esperaban una venganza, y vino un perdon. Esperaban que cumpliria la ley en todas sus partes, y sucedió que confirmando el espíritu y la letra de la ley, exaltó sobre la ley el espíritu y la fé. Y por eso los fariseos, los sacerdotes de la antigua ley, el pueblo de Israel, que aspiraba á la dignidad primitiva del sacerdocio, se indignaron contra el justo, le persiguieron, le crucificaron, y vieron con gozo cómo exhalaba su último suspiro, creyendo que en él habian muerto el espíritu de su immaculada doctrina.

Mas el odio de los fariseos al Cristianismo se recrudeció por extremo. Ellos creian que el salvador de Israel debia confundir en el polvo á sus enemigos y no ser por sus enemigos confundido. Creian que la vida humilde y la muerte congojosa de Jesús eran una prueba cierta de que su doctrina no podia ser celeste; porque fingian un cielo iluminado por el sangriento reflejo de sus pasiones. Creian que la exaltacion de Israel era el único destino, la única obra digna del Verbo. Los primeros cristianos no querian romper con la

sinagoga y con sus sacerdotes. Por eso, para contrastar la venida de Jesús humilde, de Jesús pacífico, de Jesús sacrificado en el Calvario, representaban á los ojos del pueblo con maravillosos colores, aquella otra venida sobre las nubes, sobre la tempestad, inundado con el resplandor de la gloria y llevando en sus manos el libro de la vida, para juzgar á todos los hombres y premiarlos ó castigarlos segun sus obras, y mostrar así sobre los mundos y sobre la humanidad todo el resplandor de su justicia.

Mas los primitivos cristianos que rodeaban á Pedro, el primer jefe de la Iglesia, el que debia velar eternamente por la pureza de la fé, no se atrevian á salir de la sinagoga. Asistian al templo, observaban todos los ritos y todas las prácticas antiguas, guardaban fielmente la letra de la ley, y no se apartaban un punto de las ceremonias. Temian que al salir del templo, el rayo de la cólera divina les habia de cerrar el paso. Este sentido limitado hubiera perdido la verdad cristiana, si su perdicion fuese posible. La nueva idea hubiera sido un brazo más del gran candelabro, un grano más de incienso quemado al pié del ara, una palabra añadida á la antigua ley; pero no hubiera sido de ninguna suerte la renovacion de toda la vida y de todo el espíritu como habia prometido Jesucristo.

Era necesario apartar la Iglesia de la sinago-

ga, abrir el capullo en que estaba contenida la nueva doctrina, dilatar el espíritu de Dios por toda la tierra, predicar no al circunciso, no al griego, no al romano, sino al hombre, unir todas las razas en el espíritu divino del Evangelio. Esta tendencia debia ser la tendencia de los espíritus superiores de la nueva religion y debia pasar á dogma, á doctrina de toda la Iglesia. El primero que concibió esta gran idea, el primero que se atrevió á exponerla delante la sinagoga fué San Estéban. El fariseo cuando oyó unida á lo que él llamaba la blasfemia cristiana, esta blasfemia humanitaria, sacrificó despiadadamente al jóven; que despues de Jesús fué el primer mártir de la verdad en la tierra. Así los Apóstoles se fueron dispersando por el mundo. Pero el estado del espíritu religioso, las promesas, las amenazas, los premios, los castigos, las ideas de los cristianos de esta edad sobre las naciones y sobre la historia universal, están resumidas en el libro inmortal y divino del Apocalipsis.

Pero el hombre que inicia la edad de la fé es San Pablo. Todos los primeros Apóstoles habian visto á Jesús, San Pablo no le habia conocido y habia sacrificado á sus discípulos. Pero la fé sobrenatural hiere su conciencia, é ilumina su vida, y lo lanza entre los Apóstoles, entre los grandes mantenedores de la nueva idea. Para San Pablo el rito ha pasado y ha venido el espíritu; la

ley antigua ha sido esclarecida y completada por la nueva ley, el hombre se ha reconciliado con Dios por medio de su Verbo. Así delante del Salvador y delante de la Iglesia, ya no hay razas, ya no hay griego, ni romano, ni judío, ni príncipes, ni vasallos, ni esclavos ni señores, sino solamente hombres, porque para todos ha llovido el cielo la verdad divina. San Pablo cree que el Evangelio es el resumen de toda la revelacion, que el bautismo es el principio de la gracia, que la fé es muy superior á las antiguas ceremonias, que el pagano puede entrar como el judío en el nuevo templo. Esta doctrina incita contra el gran Apóstol iras, persecuciones, tormentas. Pero su fé ciega, su indomable carácter, la pureza de su idea, la maravillosa virtud de su doctrina, su confianza en Dios, su celo, el amor inmenso que posee todo su corazon, que inunda toda su vida, le llevan á predicar su idea, á sostenerla contra todos, y doquier pasaba, iba dejando las huellas luminosísimas de su inmortal espíritu, que vá á ser como un nuevo inmortal faro encendido en las riberas de todos los tiempos. Así esta idea de San Pablo predomina, y viene á ser el dogma sostenido por el Concilio, predicado por la Iglesia universal.

Pero todavía era necesario que se levantara más el ideal del espíritu cristiano, que se explicara más claramente la idea del Verbo y del espíritu. San Juan, el Apóstol querido por Jesucristo,

el que le habia acompañado por el desierto, el que le habia seguido hasta el pié de la Cruz, el que habia recogido de sus mismos labios la miel de su doctrina, testigo fidelísimo de todas las persecuciones, de todas las angustias, de todos los dolores de la primitiva Iglesia cristiana, en el fondo de una isla griega, allí conversando espiritualmente con Jesús, explica la naturaleza del Verbo, su eterna union con Dios, y completa de esta suerte la revelacion cristiana, dejando en los horizontes de Grecia inundados por el espíritu pagano, en aquellas islas, cunas de tantos dioses, en aquella naturaleza cubierta con el velo de gasa de la antigua religion, como un depósito sagrado la eterna palabra de Jesucristo, mientras su alma cándida y pura asciende en raudo vuelo á los cielos llena de aquel amor, que fué su esencia mientras cruzó por la vida.

¿Y qué impresion produjo el Cristianismo por vez primera en la conciencia pagana? Esta impresion ha completado el trabajo de nuestro segundo curso, y con ella debíamos concluir por ser punto decisivo en la historia de nuestras investigaciones. El Oriente, cuyo carácter era místico, exaltado, misterioso, teocrático, debia resistir á esta doctrina moral, práctica, que era una nueva ley de la vida, y que enseñaba al hombre que en sus buenas obras consistia el secreto de su salvacion. La Grecia, por el contrario, la Grecia en su ca-

rácter práctico y sus tendencias positivas y su númen artístico, debia resistir á esta religion severisima, que llevaba en sus manos un nuevo filtro de vida. Pero la resistencia era inútil, los idolos se caian, las escuelas desertaban del paganismo, los espíritus levantados pedian al cielo un nuevo Dios, y hasta las muchedumbres, último refugio de todas las ideas, hasta las muchedumbres perdian su antigua fé. En esta desolacion no habia más remedio para los mismos paganos que caer de hinojos ante los nuevos altares y abrazar con decision, con fé, la doctrina del Salvador, la única doctrina que poseia el secreto de la vida.

El gnosticismo tiene varios caracteres, porque era imposible que la nueva religion pudiese transformar en un instante el espíritu de los pueblos. El genio pagano conocia que espiraba su idea, y se resistia á la muerte. Abrazábase á sus antiguos dioses, á las columnas de sus templos, cuando ya andaba errante por sus labios la oracion cristiana. Así algunas escuelas deseaban dejar el cielo y la eternidad para Dios y su Verbo, para poblar el aire y la tierra con los genios de la antigua religion. Mas no era este el único carácter del gnosticismo. Como representaba el caos de una edad que concluia y otra edad que empezaba, tenia varios caracteres distintos y aún opuestos. En varias escuelas el gnosticismo era el esfuerzo de la inteligencia para dar vida al paganismo con el

filtro de la idea cristiana, y oponer así un obstáculo insuperable á la nueva religion. En otras el gnosticismo era la señal del odio extremo á la religion antigua, á la religion pagana. Y como el paganismo habia divinizado la naturaleza, como habia difundido la idea de que en cada uno de los seres creados se encerraba un Dios, el gnosticismo creyó maldita la naturaleza, obra de genios inferiores al Creador, manchada con la sombra del pecado. De cualquier lado que se miren estas sectas, son el resultado de las primeras impresiones que el Cristianismo hace en el ánimo de los antiguos pensadores; impresiones ora de odio y de horror, ora de extremo entusiasmo; de suerte que estas escuelas son aún la línea que separa dos horizontes en el espacio, dos edades en el tiempo.

Y nada en la historia indica tan claramente el estado del mundo como el gnosticismo. Desde que Alejandro abrió al Occidente las puertas del Oriente, todas las razas se encontraban en todos los derroteros de la tierra. Sus dioses se unian con otros dioses, sus escuelas con otras escuelas, unas teogonías con otras teogonías, y de esta suerte el Asia se iba acercando á Europa. Al mismo tiempo el pensamiento de Platon, pensamiento trascendental, bañado en el espíritu místico del Oriente, se apoderaba de todos los espíritus, é influía en toda la historia, en todos los varios hechos que

surgian en la vida. Y como el aristotelismo, estoicismo y hasta el epicureísmo buscaban en una idea trascendental un punto de apoyo, la escuela platónica les ofrecia esta idea, que inundaba de esperanza los espíritus entristecidos por la universal desolacion. Así en la corriente natural de los hechos estaban los dos grandes caracteres del gnosticismo; primero, la union del Oriente con Grecia, segundo, la tendencia exagerada al misticismo. Así el espíritu griego buscaba instintivamente, conducido por Platon, los altares orientales, porque agotada su propia vida, volvía á las fuentes de su religion y de su ciencia: que no en vano se ha pintado nuestra existencia como la serpiente que se mordia la cola.

Pero al mismo tiempo que Grecia buscaba al Oriente, el Oriente buscaba instintivamente á Grecia. Los filósofos orientales pretendian unir el pensamiento vivo, armonioso de la Grecia con el pensamiento místico del Oriente. Aristóbulo ensaya esta primera union, pero entre dos ideas que radicalmente se contradicen. Por fin, suena la hora de la armonía y aparece en el espacio Philon. Sacerdote del Oriente, embebido en el misticismo, amante de la idea griega, recogiendo en su alma los ecos de dos mundos; la esencia de dos civilizaciones; el filósofo judío enlaza, armoniza el Dios de los hebreos, el alma de Aristóteles, las ideas de Platon, el espíritu universal de los estói-



cos, los números y la música de las esferas de Pitágoras, y así contribuye con su doctrina á esa misteriosa unidad que entonces buscaba la civilización en todas sus esferas, el pensamiento en todas sus manifestaciones, y prepara el gran desarrollo del gnosticismo.

Las tendencias de las escuelas platónicas á unir Grecia con el Oriente, tendencia que se manifiesta también en las escuelas judías, debía ser el secreto del gnosticismo, porque el gnosticismo era esencialmente sincrético. Pero el gnosticismo cumplía un doble trabajo, un trabajo de descomposición examinando todas las antiguas ideas, y otro trabajo de recomposición, sintetizándolas en una grande síntesis. Con su trabajo de descomposición el gnosticismo conseguía allanar el camino á la nueva idea, y con su trabajo de recomposición conseguía plantear grandes problemas en el espacio, para que estos problemas fueran resueltos por la verdad cristiana. Así el gnosticismo elevaba á los ojos de las nuevas escuelas varias ideas: la idea de libertad, la idea de creación, la idea del origen del mal; ideas cuya solución solo estaba y podía estar en el espíritu de la nueva religión.

La aparición de esta doctrina en el mundo coincide con la aparición del Cristianismo. Cuando la verdad cristiana daba sus primeros pasos, ya levantaba su áspid esta nueva serpiente perdida y oculta entre las flores. San Pablo ya condena esta

tendencia como un peligro vivo para la nueva revelación. El espíritu práctico del Apóstol no podía avenirse con la fantasmagoría de la escuela histórica, con sus innumerables dioses, con sus gerarquías, con aquel gran caos de principios y de escuelas. Y las dos primeras tendencias del gnosticismo están representadas en Simón el Mago y en Saturnino. Simón personifica el panteísmo espiritualista, y Saturnino el dualismo, dos grandes escollos que se levantan en el camino de la idea cristiana; pero que la idea cristiana destruirá, como apaciguó aquella gran tempestad que azotaba los mares con solo extender sobre los mares su manto. Pero la idea del origen del mal continúa siendo el torcedor de todas estas escuelas. Basílides para explicar esta idea finge una continua degeneración de Dios, y allá, en sus últimas degeneraciones encuentra la causa, la raíz del mal; y huyendo del dualismo en la naturaleza, viene á crear el dualismo donde todavía es más grave, en el espíritu, que mata la libertad del hombre y escupe á la frente de Dios la idea injustísima de crearle como un tirano, que destina las almas al bien ó al mal, según la arbitrariedad de su capricho. Mas ya no bastaba esto. El gnosticismo se perdía en un delirio idealista, vago y soñador. Dios no había podido crear la materia, porque la materia es el mal. El hombre no es uno en esencia, porque el hombre es distinto según la

casta á que pertenece. La naturaleza divina es doble, y dobles todas las naturalezas creadas, porque repugna la idea de la unidad. Así el mundo, la creación, es la obra de un Dios en delirio, de un Dios poseído de un vértigo. De suerte que el gnosticismo era la impresion producida por el Cristianismo en la conciencia pagana. Pero estos peligros pronto se salvan, porque el Cristianismo tenia una virtud divina, porque el Cristianismo encerraba el númen del progreso, porque el Cristianismo vivia para toda la humanidad, porque el Cristianismo se apercibia á perdonar á todos los que le habian herido, porque el Cristianismo elevaba á los desvalidos, á los menesterosos, á los pobres, porque el Cristianismo tenia un ideal de moralidad inagotable, porque el Cristianismo iba á resolver todos los problemas planteados por la conciencia humana, porque el Cristianismo iba á ser, en la ley de la providencia, el alma de toda la historia.—He dicho.

FIN DEL CURSO SEGUNDO.

## CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN EL ATENEO DE MADRID

—  
**Curso tercero.**  
—